

---

# RILKE, *INFANCIA INDETERMINADA*

---

Matías Sánchez Ponce<sup>1</sup>

RECIBIDO: 15.11.2017    ACEPTADO: 21.12.2017

## RESUMEN

**A** PARTIR DE UNA LECTURA DE UN CONJUNTO DE ESCRITOS DE RAINER MARIA RILKE, el presente texto busca dar cuenta de una determinada manera de pensar la infancia que es posible advertir en el trabajo del poeta: la infancia como *indeterminación*. La infancia, sería para Rilke, aquello que se resiste a ser nombrado, toda vez que por nombrar comprendamos una acción apropiadora. La infancia, en palabras de él mismo, es lo que no tiene *tal cual*.

Palabras clave: Rilke, infancia, indeterminación, juego, encuentro.

## RILKE, UNDETERMINED CHILDHOOD

### ABSTRACT

From a reading of a set of writings by Rainer Maria Rilke, the present text seeks to account for a certain way of thinking about childhood that can be seen in the work of the poet: childhood as indetermination. Childhood would be for Rilke, that which refuses to be named, there where "to be named", means an appropriating action. Childhood, in his own words, is what does not have "such as".

Keywords: Rilke, childhood, indetermination, to play, meeting.

---

1 Egresado de la carrera de Filosofía, UMCE. Correo [sanchezponcematias@gmail.com](mailto:sanchezponcematias@gmail.com)

*¿Quién puede mostrar a un niño tal cuál es?*

RILKE, *ELEGÍAS DE DUINO*

*Pero los niños [...] gritan el azar*

RILKE, *LOS SONETOS A ORFEO*

## 1. LA INFANCIA INDETERMINADA

Al nacimiento de Rainer Maria Rilke en 1875, le había precedido poco tiempo atrás el de su hermana Sophie. Es sabido que la niña, a la semana de nacer, murió prematuramente. Este hecho conmocionó de sobremanera a Phia, la madre de Rilke, y determinará decisivamente la infancia del poeta nacido en Praga.

Bautizado como René, variante francesa del latín *Renatus*: *vuelto a nacer* —nombre que a futuro será cambiado por el poeta—. Durante sus primeros años de vida Rilke fue tratado por su madre como una niña. Vestido como tal, también recibió la educación que en aquella época se le asignaba al género femenino, distinción que en aquel entonces resultaba ser mucho más marcada que hoy en día. Sus primeros regalos, fueron siempre muñecas, y en fotos que se conservan de aquella época, aparece vestido como niña. Recibió un atuendo masculino solo cuando hubo de ingresar en la escuela, según una carta del mismo Rilke, fue a eso de los siete años que vistió sus primeros pantalones (Barjau 1987).

A primera vista, podría parecer que el título del presente escrito —infancia *indeterminada*— alude al mencionado dato biográfico: la infancia de Rilke como infancia indeterminada, por el hecho de haber habitado más de un género *determinado* durante *su* infancia, cuestión que, de todos modos, creemos, no deja de ser relevante, teniendo en cuenta que en muchos lugares de su obra, Rilke hablará desde una posición femenina<sup>2</sup> (Rilke 2010, 26). A pesar de lo interesante que puede resultar ser el dato, no es la intención aquí utilizar dicho episodio como clave de interpretación herme-

---

2 Tómesese como ejemplo su *Queja de muchacha*: “Esa inclinación, en los años en que todas éramos niñas, a estar mucho tiempo solas [...]”.

néutica, como posible grilla a partir de la cual leer la obra de Rilke. No interesa aquí, por tanto, la vida del autor, sino más bien, aquello que da a pensar su escritura.

*Infancia indeterminada*, es el rótulo por medio del cual intentaremos dar cuenta de una (in)específica manera de pensar la infancia que —creemos— es posible advertir en varios momentos de la producción literaria de Rilke.

El motivo de la infancia está presente a lo largo de gran parte de los escritos de Rilke: mayormente en Las elegías de Duino, Los Réquiem y Los Sonetos a Orfeo, y con distinta intensidad en El libro de las imágenes, los Nuevos Poemas, La otra parte de los nuevos poemas, las Cartas y en cierta parte de la correspondencia. Independientemente del énfasis que encuentre en cada obra del poeta, lo cierto es que la *infancia*, además de ser un tema de constante preocupación, resulta ser —creemos— una especie de *recurso*, una *fuerza* a partir de la cual Rilke abastece cierta fuerza, cierta potencia, cierta *resistencia*.

Si bien es cierto que a partir de la lectura de ciertos fragmentos es posible llegar a postular que la visión que Rilke posee respecto de la vida resulta ser totalmente clara, puesto que estaría permeada por una cierta coloratura de tintes *pesimistas* reconocible en todo momento —y quizás mucho de este sentido común esté signado por el influjo de la manera en que Freud presenta al “*joven pero ya célebre poeta*” con el que paseó por una “*florida campiña estival*”—, (Freud 1975, 309) lo cierto es que la vida, en la poética de Rilke, a nuestro modo de ver, más bien *se resiste* a ser *determinada*. No se trata de afirmar que la vida sea de tal o cual manera, sino más bien, de que *no hace patria* en ninguna parte —o que *la única patria es la infancia*, como dice aquella sentencia que es atribuida al poeta— pues, incluso allí donde esta, la vida, se ve reducida, determinada, formada, clausurada, reducida, allí siempre —dirá Rilke— *queda la infancia*:

Y aun cuando usted se hallara en una cárcel, cuyas paredes no dejasen trascender hasta sus sentidos ninguno de los ruidos del mundo, ¿no le quedaría todavía su infancia? (Rilke 2002)

En una intervención titulada *Che cosa resta?* (¿Qué queda?) (Agamben 2017), Giorgio Agamben, siguiendo una reconocible estela benjaminiana, postula que “el futuro [...] es hoy [...] uno de los principales y más eficaces dispositivos del poder” (Agamben 2017)? El futuro amenaza fuertemente al *presente* allí donde toda acción pasa a cobrar sentido e interés solo “en la medida en que sirve para preparar el futuro”. Mas, si el presente se ve amenazado, el *pasado* se ve liquidado, ya que, no teniendo nada que aportar a la preparación del futuro, a este no le quedaría más que ser “dejado de lado”. Frente a esto, la apuesta del análisis agambeniano no pasa por reclamar, en favor del pasado y el presente, un cierto derecho de ciudadanía que los habilitara para habitar la gran patria de la Historia, sino más bien, de exponer cómo es que en la misma lógica de dicha concepción temporal, está el mandato, el dictamen que expresa la sentencia de que lo único que tiene valor es el futuro, tal como si el motor de la maquinaria histórica no pudiese funcionar si no fuese gracias al aceite que le brinda el embrutecido anhelo de progreso.

Ante dicho panorama, frente el *dispositivo futuro* —frente al *dispositivo progreso*, podríamos decir, si dejamos oír el eco benjaminiano presente en la formulación—, *Che cosa resta?*, *¿Qué queda?*, *¿Qué resta?* Retomando un comentario arendtiano que señala que frente a la desposesión del pasado lo que quedaría sería la lengua, Agamben preguntará: “¿Qué nos queda, cuando nos queda solamente la lengua?” Y la respuesta es la siguiente: “Me gustaría responder: es la poesía”. La poesía, que en sus palabras, es “lo indestructible que queda y resiste [...] la lengua que puede ser infinitamente destruida y que sin embargo permanece”. La poesía, por tanto, como *resto*, como *lo que resta*, lo que queda, lo que permanece, lo que *resiste*. Volveremos a esto más adelante.

## 2. EL TIEMPO DE LA INFANCIA

En un pequeño poema de *Magias e invenciones* —obra de Gastón Baquero en la que, al igual que en Rilke, el motivo de la infancia cobra una fuerza enorme—, el poeta cubano escribe que el país de la infancia alberga una *inagotable* inagotable, como la inagotabilidad, la *indestructibilidad de la poesía* en Agamben, podríamos decir,

*felicidad*: la felicidad de *darle la espalda al destino*<sup>3</sup> (Baquero 2013, 196). Rilke, por otro lado y varios años antes, en misteriosa complicidad con Baquero había escrito en sus *Elegías que el destino no es más que lo denso de la infancia*.<sup>4</sup> *No es más*: no en el sentido de “no es otra cosa que esto”, sino, la infancia es más que el destino, el destino es menos que la infancia. La infancia, en su densidad, lo sobrepasa. Como si la infancia se resistiera al destino, toda vez que en sus horas —las horas de la infancia, *el tiempo de la infancia*—, acontece la disolución radical de toda teleología, de toda destinación. Como si *el tiempo de la infancia*, no tuviese nada que ver con aquel tiempo histórico lineal, puesto que en él, en aquellas horas, siempre hay un *más*, un denso exceso que resulta ser inadministrable, irreductible a las categorías tradicionales de la temporalidad:

Oh, horas de la infancia, cuando detrás de las figuras había más que solo pasado y ante nosotros no estaba el futuro (Rilke 2002).

¿Y qué sería ese exceso? ¿Qué, eso inadministrable? Imposible designar su *qué*, su *quid*, mas podemos aventurarnos a expresar ciertas modulaciones de su expresión. Por una parte, *el juego*. Por el otro, *el encuentro*.

En su *Elogio de la profanación*, Agamben le atribuye al *juego* del infante un carácter profanatorio (Agamben 2013). Profanación que involucra una desactivación, una *apertura* a un nuevo *posible*: “se los abre a un nuevo, posible uso” (Agamben 2013). La alteración del plexo de referencialidad de los objetos, el hacer emerger una otredad en el propio uso reconocido de una cosa —la emergencia de *lo otro* en *lo propio*—, será algo que también Rilke atribuirá a las potencias de la infancia. En el ya mencionado fragmento donde el poeta, ante *lo denso de la infancia*, reduce el destino a su impotencia, señala también que el niño puede hacer que una cosa *pueda valer por muchas*: “Para vosotros, niños, una cosa terrena, una vez tomada, puede valer por muchas”. Ese *poder hacer valer por muchas*, el poder hacer aparecer lo múltiple

---

3 “Y es que / vuelto a vivir en el país de la infancia, también un dios descubre / la inagotable felicidad de colocarse de espaldas al destino”.

4 “Para vosotros, niños, una cosa terrena, / una vez tomada, puede valer por muchas. / No creáis que el destino es más que la densidad de la / infancia [...]”.

donde antes solo estaba lo uno, ¿No es también aquello respecto de lo cual Benjamin hablaba, reclamando la necesidad de poner mayor atención? (Benjamin 1989, 73). La posibilidad de crear un nuevo, un otro mundo *dentro* del determinado mundo de los adultos, ¿no es, acaso, abrir la posibilidad a *lo otro*, en el núcleo del imperio de *lo mismo*? Y aquel *abrir* nuevos usos, que alberga como potencia el juego profanatorio del niño —según indica Agamben—, es también para Rilke una característica de la *infancia*: el *resistir* a la *determinación*, el abrirse de la vida a lo *indeterminado*, la vida proliferando, el abrirse como indeterminación, hacia lo *abierto*, encuentra su posibilidad en la infancia. Los ojos del infante, ven *lo abierto*<sup>5</sup> (Rilke 1987), el mundo como indeterminado, toda vez que en su juego, se trastocan los usos de todo lo determinado. Solo la mirada que ha extraviado la infancia, es la mirada que *da forma*, aquella que no tiene otra relación con el mundo más que la manera formativa, lo cerrado, lo clausurado, lo determinado.

Tal vez, uno de los pasajes más célebres de la historia de la filosofía, aquella sentencia spinoziana de la parte tercera de la *Ética* que indica que “nadie, hasta ahora, ha determinado lo que puede el cuerpo” (Spinoza 2011, 213). Y no resultará obsceno, creemos, leerla a la luz del epígrafe rilkeano que grabábamos al comienzo de nuestro escrito: “¿Quién puede mostrar a un niño tal cual es?” (Rilke 1987) ¿Hay en la infancia, un *tal cual*? Parecería ser que no, y a la luz de aquello, la máxima spinoziana podría ser profanada y reescrita en otro sentido: *nadie, hasta ahora, ha determinado lo que puede la infancia*. Nadie, toda vez que, en ella, lo que pareciese manifestarse, por ejemplo, en el juego, es la inhabilitación radical de la determinación. Podríamos, dar un paso más. Hay otra bella formulación que dice lo siguiente: “Nadie sabría decir lo que puede un encuentro” (Comité Invisible 2015). Se advierte de inmediato el eco de la anterior sentencia de Spinoza. Mas, en ella, aparece la imagen del *encuentro*. Con esta imagen, además del ya mencionado Spinoza, resuena fuertemente el eco de otro nombre: Lucrecio. Fue un extraño Louis Althusser quien, casi llegando al tope de su vida, se dio a la tarea de rastrear, desde Epicuro y Lucrecio, la deriva de aquello que el nombró como una *corriente subterránea del materialismo del encuen-*

---

5 “Con todos los ojos ve la criatura / lo Abierto. / Solo nuestros ojos [los ojos del adulto] están /como vuel-  
tos del revés. [...] Al temprano niño / ya le damos la vuelta y le obligamos a que mire / hacia atrás, a las  
formas, no a lo Abierto”.

tro (Althusser 2002, 31), la cual tendría entre sus rasgos principales, la afirmación de la no anterioridad del sentido: lo que hay, es lo que *acontece* a partir de un encuentro, y aquel acontecer, es contingente, su llegada es de ningún modo programable, anticipable, administrable, gobernable. Tampoco se puede decir *qué puede* el encuentro, como qué no puede, pues la radicalidad de la contingencia inhabilita cualquier anhelo de aprehensión calculante de su despliegue. Lo que hay es el vacío, en el cual caen los átomos —se advertirá lo esencial que resulta ser el epicureísmo en el argumento—, en línea recta, sin tocarse, cada uno separado del otro, y en términos estrictos, no son nada más que una abstracción, porque *no consisten*. En esta caída, sobreviene *nadie sabe cómo, ni cuándo, ni por qué*, una *desviación*, un *clinamen*, que hace que los átomos, que caían paralelamente sin tocarse, se den *encuentro* (Althusser 2002, 31). Siguiendo el argumento, se hace más nítido el sentido de la sentencia referida un momento atrás: *nadie sabría decir lo que un encuentro puede*. Y, forzando el contagio de aquello, con lo dicho por Spinoza, podríamos enunciar: *Nadie podría determinar lo que puede un encuentro de cuerpos*, para luego decir, *nadie podría determinar lo que puede un encuentro de infancias*.

En un poema que lleva por nombre *Infancia* (Rilke 2010) —lo cual no es extraño, pues más de uno lleva ese título en la obra del poeta—, Rilke, desde la voz de un anónimo que embrutecido por la *vida formada* anhela el poder recordar la infancia —coincidentalmente, a partir del motivo de la *lluvia*—, da cuenta del inminente fracaso del recuerdo de esta:

Aún nos acordamos... quizás en una lluvia, pero ya no sabemos lo que eso significa; nunca más estuvo la vida tan llena de encuentros (Rilke 2010)

¿Es acaso *su* infancia la que no puede recordar? ¿Cómo recordarla en el pasado, si ella —la infancia— más bien era, en su momento, en su *encuentro*, el darle la espalda al tiempo mismo, al tiempo como mismidad, al tiempo como presencia? De seguro, en su inagotabilidad, sigue haciéndose sentir. Mas, el recuerdo calculante, está lejos de poder traer a representación “todo aquello que a través de mi infancia sin nombre aún resplandece como el agua” (Rilke 2010). No quedan más que vestigios, señas lejanas de algo que sucedió, ¿es posible aún decir aquello: *sucedió?*, pero que

ya no le pertenece, *no pertenece*, ¿pertenebió alguna vez? *Inapropiable*: “Cuando nos alegrábamos, esto no era de nadie. ¿De quién era?” (Rilke 1987). Lo cierto es que excede la significación. *Irreconocible*: “nada nos conoció jamás” (Rilke 1987). Anónimo: “*sin nombre aún refulge*”. Se reconoce también la alusión al motivo del *encuentro* que se deja leer en el poema *Infancia*. Aquellos encuentros de los cuales no queda rastro. Pero es en *Los Sonetos* donde el motivo aparece con más fuerza, y con una riqueza literaria que desborda:

Escasos compañeros de la infancia de antaño en los dispersos jardines de la ciudad: cómo nos encontrábamos y vacilantes nos gustábamos (Rilke 1987).

Pareciera ser que en el juego y el encuentro, en el encuentro del juego y el juego de los encuentros, se traiciona fuertemente el ideal temporal lineal, porque se traiciona allí el ideal de la presencia, de lo presente, lo cierto, lo determinado. El tiempo de la infancia, como tiempo del encuentro vacilante: el encuentro de los infantes, aquellos niños que “*gritan el azar*”, dirá Rilke, nuevamente en *Los Sonetos* (Rilke 1987) ¿No es, *el tiempo de la infancia*, el tiempo del *azar*, del *juego*, del *encuentro*?

### 3. LA INFANCIA QUE RESTA

Corresponde ahora retomar el hilo de aquello que dejamos inconcluso en el segundo punto. La pregunta *qué resta* ¿Qué resta? Resta la infancia. Decía Rilke al joven poeta en sus cartas, que aún si se encontrase prisionero, recluso hasta el más tenaz límite, lo que queda, lo que resiste, es la infancia. En un impresionante fragmento de su *Libro de las imágenes*, Rilke escribe lo siguiente:

En tales noches se abren las prisiones. Y por los malos sueños de los guardianes cruzan con leves risas los detractores de su poder.

*IN solchen Nächten gehn die Gefängnisse auf. Und durch die bösen Träume der Wächter gehn mit leisem Gelächter die Verächter ihrer Gewalt*  
(Rilke 2016).

El poema lleva por título *Aus einer Sturmnacht*, traducido literalmente por *De una noche de tormenta*. La traducción es totalmente correcta, pues, efectivamente el alemán *Sturm*, significa “tormenta”. Mas, *Sturm* significa también “ataque”, “asalto”; el verbo *stürmen* significa, de hecho, “asaltar”, “tomar por asalto”, “atacar”. Por tanto, sugerimos poder leer en *Aus einer Sturmnacht*, además del ya correcto título, también, *De una noche de asalto*.

Sigilosamente cruzan —en el poema— los detractores, *los despreciadores* [*Verächter*] *de la violencia* [*Gewalt*], del poder, dejando escapar, en su cautela, pequeñas *risas* en el anonimato de la noche. Noche, en que el poder, la violencia, es tomada por asalto, despreciada a partir de una risa, de una felicidad que huye de sus cárceles.

Es reconocido el lugar que ocupa la figura del *niño* en el pensamiento de Nietzsche, sobre todo, con énfasis, en el primero de *Los discursos de Zaratustra* (Nietzsche 2009). Allí, el niño, que es más que la soledad del camello, y más que la bravura destructiva del león, es un nuevo comienzo, un primer movimiento, un juego, un juego del crear. El niño es *un momento*, el evento alegre, jovial, risueño, que sucede a una *destrucción*. En el primer párrafo del quinto libro de *La ciencia jovial* —*Qué es lo que trae consigo nuestra alegría*— dirá Nietzsche que ciertos ojos recelosos, sospechosos, desconfiados, podrán notar que *acaba de ponerse un sol* —el sol de la *tradición*, diríamos—, aludiendo nuevamente a la *muerte de Dios*, que ya había sido anunciada párrafos atrás, en *El hombre frenético*, “*Alguna vieja y profunda confianza se ha trastocado en duda*”<sup>6</sup> (Nietzsche 2013, 73), dice. Una duda no edificante, tendríamos que decir nosotros. Duda que no intentará ya *restituir*, a partir de un *residuo puro* —como los grandes manifiestos de la modernidad, desde Bacon a Husserl—, aquello *viejo*, aquello *profundo* de lo cual ahora, *sin temor*, se desconfía. Desconfianza que está en cierto modo —por la radicalidad de su (in)ope-

6 “[...] acaba de ponerse algún sol, [...] alguna vieja y profunda confianza se ha trastocado en duda [...] el acontecimiento mismo es [...] demasiado lejano [...] demasiado al margen de la capacidad de comprensión [...]. Esta gran abundancia y serie de rupturas, destrucción, aniquilamiento, subversión [...] ¿quién podría adivinar hoy lo suficiente de todo esto? [...] estas primeras consecuencias [...] no son en absoluto tristes ni oscurecedoras, sino más bien como una nueva y difícilmente descriptible especie de luz, felicidad [...] ante la noticia de que el «viejo Dios ha muerto» [...] finalmente el horizonte nos parece libre de nuevo [...] finalmente podrán zarpar de nuevo nuestros barcos, zarpar hacia cualquier peligro, de nuevo se permite cualquier riesgo [...]”

ración- al margen: “*demasiado al margen de la capacidad de comprensión*”, se lee. Desconfianza, podemos decir, respecto del mismo *margen*, respecto de la misma *comprensión*, respecto de la misma *mismidad*. Se desconfía, *sin temor*, del *margen*, del *límite*, de *lo mismo*, de *la comprensión*, de la captura: *com* [global, conjunto, total] —*pre* [anterior]— *hendere* [capturar, atrapar]. Desconfiar, *resistirse* a la prisión limitante, al margen que determina, a la frontera de *lo determinado*. Se desconfía *subversivamente* de la *clausura*. Se abre, *alegremente*, lo que puede venir. A partir de un aniquilamiento, de una destrucción, de una *ruptura*, de una subversión, lo que emerge es la risa, el juego creativo del niño. La subversión alegre de la *gran abundancia*, que corroe el margen tranquilizante, y devuelve al horizonte lo incierto, el vértigo. “*Podrán zarpar nuevamente nuestros barcos, zarpar hacia cualquier peligro, cualquier riesgo está nuevamente permitido*”. Nuevamente, pues, a pesar del largo y viejo imperio del sol —el imperio de lo mismo, como decíamos anteriormente— que acaba de ponerse, podríamos decir, nuevamente con Rilke, que “*es la noche la única realidad desde hace milenios*” (Rilke 2016), la noche de la infancia. Noche que, como en el poema, apresada durante tanto, se libera en un asalto, sin temor, dejándole a sus custodios nada más que la estela de la risa que deja en el mar el barco liberado.

La infancia en Rilke, sería aquella *infancia indeterminada*, aquella que *queda* —“¿no le quedaría todavía su infancia?”—, *la infancia que resta*, que resiste, porque *queda*, como resto, inaprehensible, resto que se resta a toda negatividad, allí donde el *restar* no implica un “*sustraerse a*”, sino más bien, la suspensión de toda economía del cálculo, la torsión de cualquier círculo mítico-económico —¿no suspende la infancia, al suspender todo “tal como, tal cual”, la economía misma, allí donde no queda equivalencia posible?— la imposibilidad de toda clausura de la vida: la afirmación de la vida como *resistencia*. La *infancia que resta*, que ríe de la presión, de las prisiones que la limitan, que la *cuentan*, que la nombran.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. 2017 *¿Qué resta?* Intervención en el Salone del libro de Turín. Disponible en: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/post/2017/08/09/giorgio-agamben-que-queda/>.
- Agamben, Giorgio. 2013. *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Althusser, Louis. 2002. “La corriente subterránea del materialismo del encuentro”, en *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena.
- Baquero, Gastón. 2013. *Poesía completa*. Madrid: Verbum.
- Benjamin, Walter. 2016. *Calle de sentido único*. Traducción de Alfredo Brotons. Santiago: Ediciones Papel Calco.
- Benjamin, Walter. 1989. *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Comité invisible. 2015. *A nuestros amigos*. Disponible en: <http://tiqqunim.blogspot.cl/2015/12/a-nuestros-amigos.html>
- Freud, Sigmund. 1975. “La transitoriedad”, en *Obras completas*. XIV. Madrid: Amorrortu.
- Nietzsche, Friedrich. 2009. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, Friedrich. 2013. *La ciencia jovial*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso editorial.
- Rilke, Rainer Maria. 2010. *Cartas a un joven poeta*. México D.F: Libros En Red.
- Rilke, Rainer Maria. 1987. *Elegías de Duino y Los Sonetos a Orfeo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Rilke, Rainer Maria. 2016. *El libro de las imágenes. Edición Bilingüe*. Madrid: Ediciones Hiperión.
- Rilke, Rainer Maria. 2002. *Las elegías del Duino, Los Réquiem y otros poemas*. Edición Bilingüe. Madrid: Visor Libros.
- Rilke, Rainer Maria. 2010. *Nuevos poemas I. Edición Bilingüe*. Madrid: Ediciones Hiperión.
- Rilke, Rainer Maria. 2011. *Nuevos poemas II (La otra parte de los nuevos poemas)*. Edición Bilingüe. Madrid: Ediciones Hiperión.
- Rilke, Rainer Maria - Salomé, Lou Andreas. 1997. *Correspondencia*. Barcelona: Hesperus.
- Spinoza, Baruch. 2011. *Ética*. Madrid: Alianza.